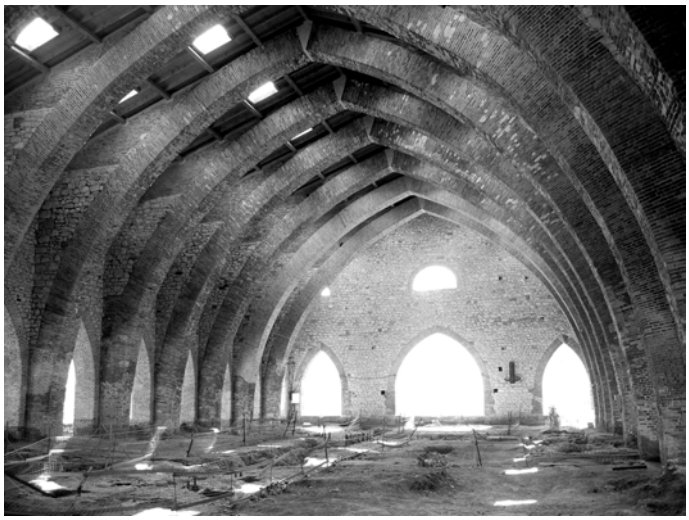
SANTIAGO ALONSO CORDERO Y LA FERRERÍA DE SAN BLAS, EN SABERO

Francisco Quirós Linares

Entre la burguesía ascendente de la primera mitad del siglo XIX en Madrid, Santiago Alonso Cordero (Santiagomillas, 10 de marzo de 1793 – Madrid, 23 de octubre de 1865) fue una de las figuras más destacadas, pese a lo cual, más allá de algunas narraciones anecdóticas, sabemos muy poco de sus actividades; desconocimiento que afecta también a no pocos hombres de negocios del siglo XIX.

Se viene diciendo que el comienzo de su fortuna se halla en la arriería, es decir, en un negocio de transportes de carácter preindustrial. Pero Alonso Cordero supo adaptarse a las nuevas formas de negocio y a las oportunidades de la Revolución Industrial y de la implantación del Estado liberal. Eso es lo que significa, por ejemplo, su participación en líneas de diligencias. La diligencia, pese a ser un vehículo de sangre, es un producto de la Revolución Industrial, vinculado a la nueva red viaria, y fabricado en serie; el taller de coches de Recoletos, en Madrid, por ejemplo, fabricaba a mediados del siglo XIX más de 400 coches al año, utilizando máquinas de vapor. Las empresas de diligencias son, generalmente, empresas capitalistas, de carácter societario; en ellas participan bastantes de los mayores hombres de negocios de las décadas de 1830 a 1860, y con ellos Alonso Cordero.



El interior de la nave de talleres de la ferrería de San Blas, en agosto de 2004. La semejanza con la nave de la siderurgia de Alaïs (desde 1926 Alès), en Francia, hace pensar que ésta sirvió de modelo para Sabero, si es que ambas no fueron proyectadas por el mismo ingeniero. Se trata de una edificación de extraordinario interés patrimonial, tanto por sus características arquitectónicas, como por tratarse, probablemente, del más significativo resto conservado en España de los orígenes de la siderurgia contemporánea

El mismo sentido tiene su participación en la compra de fincas desamortizadas. Sólo conozco un ejemplo de esa actividad, pero bien expresivo: la adquisición en 17 millones de reales del solar del exconvento de San Felipe, convertido en el número 1 de la calle Mayor de Madrid, que quedaría dentro de la Puerta del Sol tras la reforma y ampliación de ésta, concluida en 1862. En ese solar, dice Pascual Madoz (Diccionario geográfico, tomo XI, Pág. 263), construyó

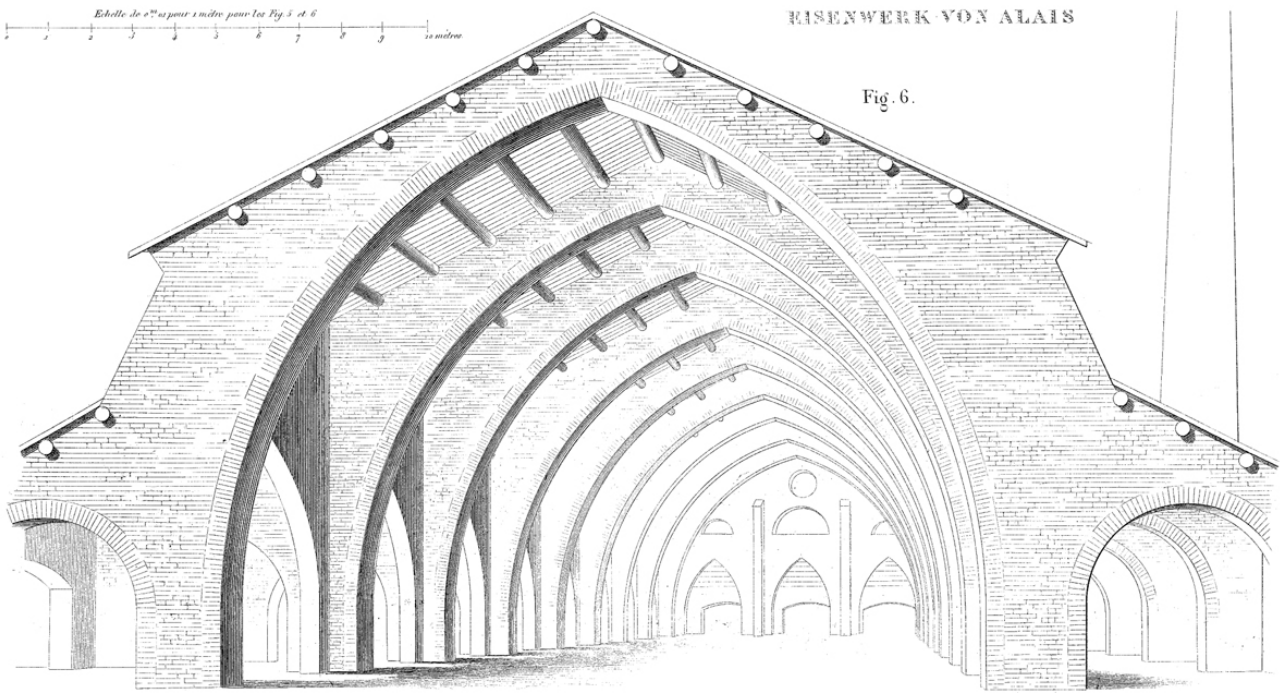
> "nuestro querido amigo y compañero D. Santiago Alonso Cordero (...) un suntuoso edificio con la crecida fortuna que había adquirido, aumentando así la riqueza pública, contribuyendo al ornato de la población, y fijando su suerte y el porvenir de su familia, en una finca urbana de esta naturaleza, de esta importancia."

Un edificio con bajos comerciales, cuatro plantas y buhardillas, que fue el mayor conjunto de alquiler (100 viviendas) de Madrid en su tiempo, expresivo de la profunda transformación urbana abierta por la desamortización de bienes eclesiásticos, tras el advenimiento del régimen liberal.

Pero entre las actividades económicas de Cordero es probable que no hubiese ninguna que, por la propia naturaleza de la misma, lo caracterizara más netamente como hombre de empresa que su participación en la " Sociedad Palentina-Leonesa de Minas", pese a haber acabado en fracaso.

Sobre esa Sociedad publiqué en 1971 un artículo en Estudios Geográficos (revista del Instituto de Geografía del Consejo Superior de Investigación Científicas), recuperando con él la memoria de una empresa industrial que tuvo la singularidad de hallarse entre las más tempranas iniciativas siderúrgicas de España. Con el nombre de "Sociedad Palentina de Minas" se había constituido en 1841 para explotar minas de hulla en Sabero y fabricar hierro a partir de minerales locales. En 1845, siendo insuficiente el capital, se convirtió en sociedad anónima, dando entrada a nuevos partícipes, a la vez que tomaba el nombre de Palentina-Leonesa, en razón del origen de algunos socios.

No conocemos los nombres de todos los accionistas, sino tan sólo los de quienes formaban la "Junta gubernativa" de la Sociedad en 1846, la personalidad de algunos de los cuales nos es por ahora, desconocida. El presidente era



Nave de la siderurgia de Alaïs, en FLACHAT, *Traité de la fabrication du fer*...(1842-1846)

el duque de Castroterreño, nacido en Zamora, que fue virrey de Navarra, capitán general y ministro de la Guerra en 1835; el vicepresidente, Joaquín de Fagoaga, destacado hombre de negocios, de origen navarro, fue uno de los socios de Pascual Madoz en la empresa de "La Ilustración", constituida en el mismo año de 1846, con un capital de 40 millones de reales, la cual parece haber sido el mayor ejemplo de penetración capitalista en el campo editorial y de las artes gráficas en la España de ese tiempo; también de origen vasconavarro parecen ser otros dos miembros de la Junta : J. Arguindegui, Estanislao de Goyri y, acaso, el conde de Torre-Múzquiz. También eran miembros de la Junta Antonio Hompanera de Cos, que fue ministro de la Gobernación en 1838, y dos ingenieros de Minas muy destacados: Lorenzo Gómez Pardo y Casiano de Prado. Tras la reconstitución de la Sociedad la Junta encargó a este último los estudios geológicos necesarios, mientras que Gómez Pardo estaba llamado a ser el director técnico de la siderurgia, actividad que no llegó a desempeñar a causa de su estado de salud (moriría en 1847).

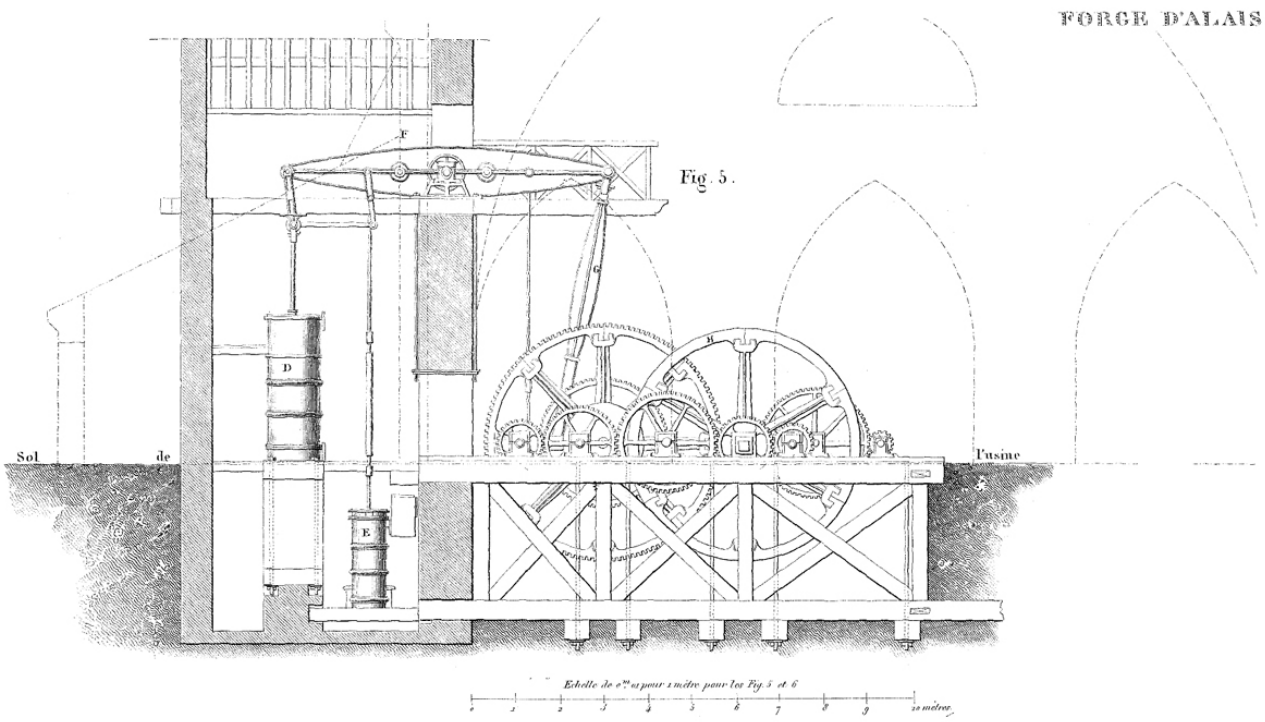
Esa última circunstancia indujo a la Sociedad a encargar a otro de sus miembros, Ramón de la Sagra, que hiciera gestiones en Francia para contratar un ingeniero extranjero. Sagra era una destacadísima personalidad de la cultura española, conocido por su *Historia física, política y natural de la Isla de Cuba* (14 volúmenes, París 1838-1862), por sus estudios de empresas industriales y establecimientos filantrópicos en los Estados Unidos y en Europa, y con experiencia empresarial por haber impulsado ingenios azucareros en la costa andaluza; le unía, por último, una antigua amistad con Casiano de Prado, basada no en el paisanaje (ambos eran gallegos) sino en las ideas liberales, en las que coincidían también con Alonso Cordero.

Sagra hizo gestiones en Francia y Bélgica y, finalmente, el 1 de septiembre de 1845 firmó en París un contrato con el ingeniero Philippe Paret, quien debería venir acompañado de dos capataces.

En esos años, la empresa tuvo siempre dificultades para colocar el carbón, cuyos mercados se hallaban inicialmente en Burgos, Palencia y Valladolid, lugares en los que pronto tropezó con la competencia de la hulla de las minas de Orbó, mejor situadas, lo que llevó a la empresa a tratar

Máquina en la nave de San Blas, según fotografía publicada por Clemencin y Buitrago en *Adelantos de la siderurgia y de los transportes mineros en el Norte de España,* Madrid, 1900; véase figura 242

de introducirse en el mercado de Madrid, donde consiguió abastecer a la fundición de Bonaplata, tratando también de extender el consumo doméstico mediante la propaganda y la difusión de modelos de "cocinas económicas" y hornillos traídos de París. No obstante, puesto que el transporte desde Sabero era un grave problema para la expansión del mercado, aplicar el carbón a la fabricación de hierro mediante hornos altos al cok se presentaba como una opción



Máquina de la forja de Alaïs, según FLACHAT. Obsérvese la similitud con la máquina de Sabero, y el sistema de anclaje

razonable, aprovechando la existencia, también, de mineral de hierro en Sabero.

En cualquier caso, el capital de la empresa reconstituida no resultó suficiente para alcanzar ese objetivo, y eso dio lugar a que Cordero tomase en arriendo la sociedad, en fecha que no conozco, pero posterior a 1846, manteniendo el arriendo hasta 1857, y a su impulso parece deberse la construcción de la ferrería (en realidad siderurgia) llamada de San Blas.

Philippe Paret llegó a Sabero el 20 de octubre de 1845 y presentó después a la Sociedad los planos de las instalaciones de la ferrería, que comenzó a construirse por la nave que hoy se conserva. La maquinaria, encargada en Inglaterra, llegó a España por el puerto de Gijón, desde donde se trasladó a Sabero con bueyes. El primer horno alto entró en funcionamiento en 1847 o, acaso, en los primeros meses de 1848 por lo que, muy probablemente, con poco tiempo de diferencia a su favor, se anticipó a los de Trubia y Mieres, encendidos en el último año citado y generalmente considerados como los primeros hornos alto al cok de España. El segundo horno de Sabero se inició en 1851, pero en 1854 aún no estaba acabado.

San Blas se mantuvo en actividad hasta 1862, año en que cerró como otras fábricas análogas a consecuencia de la reforma arancelaria de ese año. Sus mercados estaban en León, Palencia, Valladolid y Madrid, hacia donde salían los hierros, desde la construcción del ferrocarril del Norte, por las estaciones de Sahagún y Mansilla de las Mulas, hasta las que se transportaba en carros de bueyes, sin que hasta ellas hubiese carretera desde Sabero.

Apagados definitivamente los hornos, la empresa se limitó a la extracción de carbón, pero incluso ésta tuvo que cesar, ante la imposibilidad de competir en los mercados del interior con los carbones de Orbó y de Barruelo, cuyas minas se hallaban mejor situadas respecto al ferrocarril y eran explotadas por el "Crédito Mobiliario Español" estrechamente vinculado a la Compañía del Gas de Madrid y a "Caminos de Hierro del Norte de España", empresa de la que obtuvo tarifas preferenciales.

Restos del foso y los anclajes de la máquina de San Blas en 2004

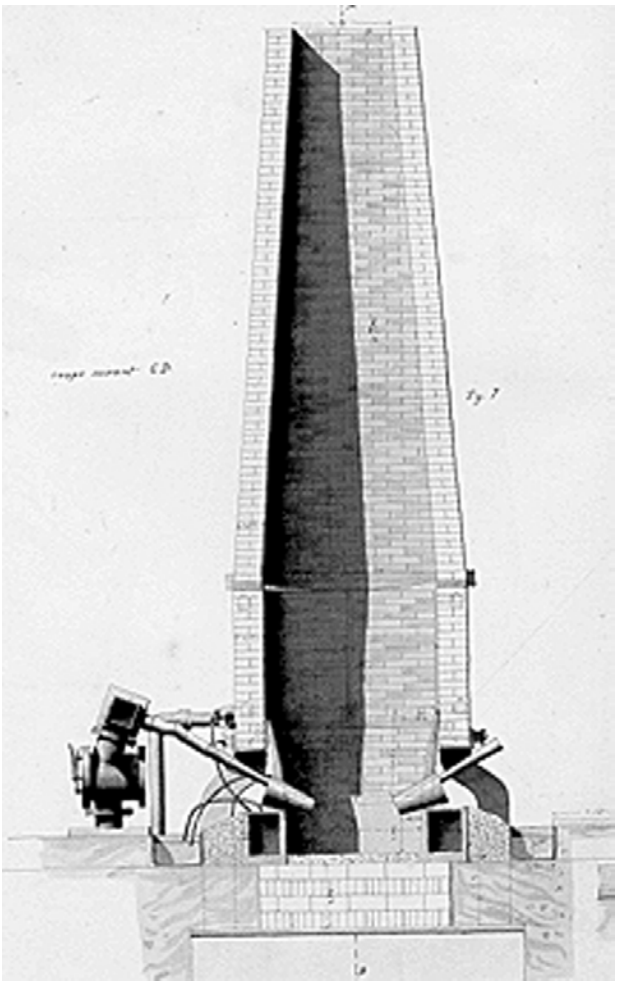
Hacia 1890 las minas que fueron de la Palentina-Leonesa pasaron a manos de capital vasco, dando origen a la constitución en 1892 de "Hulleras de Sabero S.A" que, a favor de la construcción del ferrocarril de La Robla a Valmaseda (1894) pudo reanudar la explotación, con destino al mercado siderúrgico de Bilbao.

Pero el interés de las actividades de la Palentina-Leonesa, a pesar de su fracaso, no es mero pasado histórico. En años recientes la Junta de Castilla y León acometió la tarea de revalorizar los restos arquitectónicos de la fábrica de San Blas. El arquitecto encargado del proyecto, insuficientemente informado acerca de su significado, planteó aprovechar la nave de la ferrería para instalar un museo regional de la minería del carbón, haciendo caso omiso de la singularidad excepcional del pasado siderúrgico de Sabero.

Ese proyecto, pese a haberse ejecutado algunas obras, poco afortunadas, acabó naufragando, y la Junta, finalmente, encargó un nuevo proyecto en 2004 al arquitecto José Ramón Fernández Molina. Casualmente en la primavera de ese año hice un hallazgo afortunado; un antiguo alumno y amigo, Joaquín López, director del Museo del Pueblo de Asturias, en Gijón, puso en mis manos la segunda edición (Lieja, 1852) del atlas del *Traité de la fondition du fer...* de FLACHAT; yo había examinado superficialmente la primera edición de esa obra, treinta años atrás, en la biblioteca de la fábrica de artillería de Trubia, pero el tenerla en la mesa de mi despacho me permitió verla con calma, hoja por hoja. Al llegar a las láminas que representaban la fábrica siderúrgica de Alais (hoy Alés), en Francia, tuve la sorpresa de ver que el alzado de su nave era igual al de la nave que se conserva en Sabero. Esto significa que, o bien Paret había trabajado en Alais y disponía de sus planos, o bien los tomó de la primera edición de FLACHAT (publicada por entregas entre 1842 y 1846) ampliándolos con el pantógrafo y adaptándolos a Sabero.

De por sí, esto era ya un hallazgo, pues si no aumentaba el excepcional interés de los restos de la fábrica de San Blas, sí venía a vincularlos, de modo sorprendente, con un modelo concreto construido en Francia. Pero, además, Fernández Molina tuvo la idea de ponerse en contacto conmigo por si acaso yo podía añadir algo a lo escrito en 1971. De este modo el feliz hallazgo vino a encontrar aplicación inmediata, pues la información aportada por la obra de FLACHAT pudo aplicarse a la interpretación del edificio de San Blas y de otros restos,visibles o puestos al descubierto por la excavación arqueológica.

Otro de los elementos conservados (aunque semiderruído), de la ferrería de San Blas, reafirma el paralelismo proyectivo con la fábrica de Alaïs



Horno alto de Alès, según dibujo de 1851 conservado en la biblioteca de la *Ecole des Mines*, en París, que debió servir también de modelo para Sabero, donde sólo se conserva la base. Imagen disponible en Internet

En fin de cuentas, el interés patrimonial de los restos de la siderurgia de Sabero se ve ahora multiplicado por el exacto entendimiento de su primitiva funcionalidad. Eso significa situarse ante algo excepcional, en España y tal vez en Europa: gracias a su fracaso, han llegado hasta nosotros, congelados en el tiempo, los restos de un establecimiento siderúrgico de la primera Revolución Industrial, lo que unido a la recuperación del ferrocarril de La Robla a Valmaseda aporta a Sabero la posibilidad de transformar en un valioso activo museístico lo que hasta ahora era pasado yerto. Sin duda Sabero puede convertirse en un lugar de referencia entre las instalaciones españolas de esta naturaleza. Al cabo de 160 años el empeño industrial y financiero de Casiano de Prado, Ramón de la Sagra, Alonso Cordero, y de cuantos se embarcaron en aquella empresa innovadora, ha dado fruto bajo otro prisma, al convertirse en un recurso cultural de primer orden gracias al proyecto en marcha.

** Francisco Quirós Linares es catedrático de Geografía de la Universidad de Oviedo.*